Knox lloraba el cautiverio de la reina viuda y mártir diciendo:

If thy breast soft pity knows,
O ! drop a tear with me;
Feel for th' unexampled woes
Of widow'd royalty.
Fallen, fallen from a throne!
Lo! beauty, grandeur, pow'r;
Hark! 'tis a queen's, a mother's moan;
From yonder dismal tow'r,
I hear her say, or seem to say,
«Ye who listen to my story,
Learn how transient beauty's day,
How unstable human glory!»

(«Si tu seno conoce la dulce piedad ; ¡ah! derrama »conmigo una lágrima. Déjate conmover por las des»gracias sin ejemplo de esa viuda de rey.»

«¡ Caida, caida del trono! ¡ Mirad la belleza, la »gracia y el poder! ¡ Oid ! son los gemidos de una »reina, de una madre.... Allí en el fondo de aquella »oscura torre»

«La oigo decir, ó parece que dice: «¡ Vosotros los »que prestais oidos á mi historia, aprended cuán rá»pido es el dia de la belleza, cuán inconstante es la »gloria humana !)»

CANCIONES.—LORD DORSET.—BERANGER.

La cancion, tan antigua en Inglaterra como en el reino de San Luis se ha ido revistiendo de todas las formas : se ha cambiado en himno cuando se ha referido á asuntos religiosos, y ha permanecido en su tono cuando se ha ocupado de las mil bagatelas ó azares de la vida. Una cancion titulada *The Seamen* (los marinos) de lord Dorset es una composicion llena de elegante originalidad : su traduccion literal, tomada de la poética inglesa de Hennet es como sigue:

«A vosotras, señoras, que estais ahora en tierra, escribimos nosotros que andamos por el mar; pero desde luego desearíamos haceros comprender cuán difícil es escribir; pues para conseguirlo tenemos que invocar tan pronto á las musas como á Neptuno con un fa, la, la, la, la.

Porque aun cuando las musas nos sean propicias y llenen nuestros huecos cerebros, á lo mejor Neptuno desata el viento para agitar la azulada llanura y nuestros papeles, pluma, tintero, y personas rodamos con el buque por el mar con un fa, la, la, la, la.

Por lo tanto si no os escribimos cada correo, no nos acuseis de indiferencia, ni imagineis tampoco que nuestros buques han sido presa de los holandeses ó del viento : os enviaremos nuestras lágrimas por un camino mas corto; el flujo os las llevará dos veces al dia con un fa, la, la, la, la.

Mas ahora nuestros temores se hacen mas tempestuosos y destruyen nuestras esperanzas pensando en que vosotras sin cuidaros de nuestros padecimientos, asistis á la comedia en alguna cómoda butaca, y tal vez permitis á otro mortal mas dichoso besaros la mano ó juguetear con vuestro abanico con un fa, la, la, la, la.

Ahora que os hemos expresado nuestro amor y al mismo tiempo nuestros temores, séanos lícito esperar que esta declaracion excitará alguna piedad por nuestras lágrimas. ¡ Ojalá nunca lleguemos á saber lo que es inconstancia! Sobrada nos ofrece el mar con un fa, la, la, la, la.»

Una estrofa del original dará una idea del ritmo de esta cancion.

And now we ye told you all our loves.
And likewise all our fears,
In hope this declaration moves
Some pity for our tears;
Tet's hear of no inconstancy;
We have too much of that at sea
With a fa, la, la, la, la, la.

Este es tambien el género de la cancion francesa del siglo XVIII.

Una lindísima letrilla, titulada el Pichon, representa una jóven enviando un mensaje á su amante con estas palabras:

Why tarries my love,
Why tarries my love;
Why tarries my love from me?
Come hither, my dove,
I'll write to my love
And send him a letter by thee, etc.
Pourquoi tarde mon amour,
Pourquoi tarde mon amour,
Pourquoi tarde mon amour loin de moi?
Viens ici, ma colombe;
J'écrirai á mon amour,
Et lui enverrai la lettre par toi.
Je l'attacherai á ta patte,
Je l'attacherai á ta patte,
Je l'attacherai bien fort avec un ruban.
—Ah! non pas á ma patte,
Belle lady, je vous prie,
Mais attachez-la sous mon aile.
Elle mit á son cou,
Elle mit á son cou
Un grelot et un collier si jolis.
Elle attacha á son aile
Le rouleau avec un ruban,
Et le baisa, puis l'envoya dehors.

(¿ Por qué tarda mi amor, por qué tarda mi amor, por qué tarda mi amor lejos de mí? Ven aquí, paloma mia : Yo escribiré á mi amor y le enviaré la carta contigo.

La ataré á tu patita, la ataré á tu patita, la ataré bien fuerte con una cinta.—¡ Ah! no me la ateis á la pata, hermosa señora; os ruego que me la ateis bajo del ala.»

La jóven puso en el cuello de la paloma, puso en su cuello un cascabel y un hermoso collar; ató bajo el ala con una cinta el papel, le dió un beso y le hizo tender el vuelo.

El *God save the king*, el *Rule Britannia* de Thompson y la balada de Burns

Scots, who have with Wallace bled.
(Escoceses que habeis derramado vuestra sangre con Walace, etc.)

deben permanecer en la lengua en que fueron escritas. De Burns se admiran particularmente las canciones tituladas Two dogs (*los dos perros*) y el Cottier's saturday night (*noche del sábado del aldeano*) tiene ademas muchas canciones báquicas y algunas que pintan escenas de aldea. Todas esas composiciones llenas de *homour* no tienen la imaginacion de los estribillos de Desangieres.

Mas si Tibaut, conde de Champaña aventajó á todos los Tibauts ingleses del siglo XIII; Beranger en el XIX deja atrás á todos los Berangers de la Gran Bretaña. El arte alcanza tambien triunfos de la multitud cuando va unido al verdadero talento : las canciones de Beranger, compuestas con tanto esmero como el que Racine empleaba en sus versos, y que estan microscópicamente limadas, si asi pudiera decirse, se han divulgado entre las clases inferiores de la sociedad, y el pueblo las ha aprendido de memoria, como los estudiantes aprenden la *Relacion de Theramene.* Asi como La Fontaine en la fábula, se eleva Beranger en la cancion al mas alto estilo. La popularidad de que gozan algunos versos de circunstancias y algunas ingeniosas burlas, pasaran con el tiempo, pero las bellezas de primer órden subsistiran eternamente. Presentan las composiciones de Beranger una superficie de alegría; mas en el fondo predomina una tristeza que está en armonía con lo que hay de mas sincero y permanente en el espíritu humano. Conceptos tales como los que á continuacion se transcriben tomados de su cancion titulada *La buena vieja*, pertenecerán á la Francia de todas las situaciones y seran repetidos por los franceses de todos los tiempos.

»Tambien tú envejecerás ; hermosa querida mia, envejecerás, y yo no existiré.»

»Para mí el tiempo, segun lo rápidamente que pasa, parece que cuenta por duplicado los dias que he perdido. Sobrevividme, pero haced de modo que la édad molesta os encuentre dócil á mis lecciones, y sentada como buena vieja en un rincon del pacífico hogar, repetid las canciones de vuestro amigo.»

»Cuando los ojos buscaran bajo las arrugas las encantadoras facciones que me han inspirado, los jóvenes que siempre desean oir agradables narraciones os preguntaran : ¿ Quién fue ese amigo por quien tanto llorais?—Pintadles entonces, si es posible, mi ardor, mi embriaguez, y hasta mis recelos, y sentada como buena vieja en un rincon del pacífico hogar repetid las canciones de vuestro amigo.»

»Os preguntaran : ¿Sabia ser amable? Contestadles sin ruborizaros : Yo le amaba. ¿ Se mostró alguna vez capaz de haceros una mala partida ? Contestadles sin orgullo : Nunca. ¡ Ah ! no dejeis de decirles que amoroso y sensible, supo dar entonacion de ternura á los sonidos de su festiva lira, y sentada como buena vieja en un rincon del pacífico hogar, repetid las canciones de vuestro amigo.»

»Objeto amado, cuando mi insignificante nombradía encantará las molestias de vuestra vejez, cuando vuestra débil mano adornará cada primavera con algunas flores mi retrato, levantad la mirada hácia ese mundo invisible, donde debemos reunirnos para siempre y sentada como buena vieja en un rincon del pacífico hogar repetir las canciones de vuestro amigo.»

Al salir de Dieppe, el camino que conduce á París presenta una cuesta bastante escarpada; á la derecha se ven las paredes de un cementerio, y á lo largo de ellas habian puesto su torno unos cordeleros. Cierta tarde de verano yo me paseaba por ese camino, á tiempo que dos cordeleros caminando hácia atras, y valanceándose tan pronto sobre la una pierna, como sobre la otra, cantaban juntos á media voz; apliqué el oido y observé que estaban repitiendo la siguiente estrofa de la cancion, cuyo título es el *Viejo caporal.*»

»¿ Quién está allá abajo sollozando y mirando? ¡Ah! Es la viuda del tambor. En la retirada de Rusia yo llevé de dia y de noche su hijo en mis hombros. Como el padre, el hijo y la mujer hubieran quedado sin mí, sepultados entre hielos, ahora va á rogar por mi alma. Quintos, al paso; no lloreis, no lloreis; marchad al paso, al paso, al paso.»

Repetian este estribillo los cordeleros con un acento tan varonil y patético, que no pude contener el llanto, pues parecia que al marcar el paso y al dividir el cáñamo con que hacian la soga, estaban retorciendo el último hilo de la vida del *Viejo caporal*, cuyas dolientes y últimas palabras estaban entonando. No era seguramente la literatura, la crítica, la admiracion estudiada ni alguna de las cosas que contribuyen á la celebridad lo que producia aquel efecto; no era sino un acento de verdad, que sin poderse decir de dónde procedia, rebosaba en su alma popular. No acertaria yo todo lo que habia de magnífico en aquella gloria particular de Beranger, en aquella gloria solitariamente revelada por dos marinos, que al ponerse el sol y en presencia del mar cantaban la muerte de un soldado.

BEATTIE.

Burns, Mason y Cowper murieron durante mi emigracion en Londres antes del 1800 y en esa misma fecha : ellos cerraban el siglo y yo lo principiaba. Darwin y Beattie murieron dos años despues de mi regreso.

Beattie habia anunciado la nueva era de la lira. La composicion llamada *El Minstrel ó los progresos del númen*, es la pintura de los primeros efectos de la inspiracion en un jóven bardo que aun no comprende el carácter de las sensaciones que empiezan á atormentarle. Unas veces el futuro poeta va á sentarse al borde del mar durante la tempestad y otras huye del bullicio del pueblo para oir aislado y á lo lejos el sonido de los instrumentos rústicos. Esta composicion de Beattie está escrita en rimas como las antiguas baladas.

. . . . . .

»Si yo quisiera invocar una sabia musa, mis doctos »acentos dirian en esta ocasion cuál fue el destino del »*bardo* en los tiempos antiguos : lo pintaria abrigando »un corazon contento bajo un sencillo vestido : se »verian flotar al viento sus cabellos y su barba enca»necida, y su harpa modesta, única compañera de »sus pasos, correspondiendo á los suspiros de las »brisas, suspendida de sus arqueados hombros : el »anciano, al marchar, iria cantando á media voz al»gun alegre estribillo.»

»Pero un pobre *minstrel* es el que hoy inspira mis versos.... En los siglos góticos (segun lo refieren las antiguas baladas) vivia en otro tiempo un pastor. Sus antepasados habrian tal vez vivido en un país amado de las musas, en las grutas de Sicilia, ó en los valles de Arcadia ; pero él habia nacido en las regiones del Norte, en una nacion célebre por sus canciones y por la beleidad de sus doncellas, nacion orgullosa aunque modesta, inocente, aunque libre, sufrida en los trabajos, firme en el peligro, inquebrantable en su fe é invencible bajo las armas.»

. . . . . .

»No era Edwin un muchacho vulgar : sus ojos parecian con frecuencia cargados de graves pensamientos; desdeñaba los juguetes de su edad, excepto una rústica flauta groseramente labrada; era sensible, pero áspero, y guardaba silencio aun estando contento : mostrábase poseido tan pronto de alegría como de tristeza, sin poder adivinarse el motivo y los que le veian temblaban ó suspiraban, los unos suponiéndole una maravillosa inteligencia, los otros creyendo que era un insensato; pero todos lo bendecian.»

»¿ Para qué he de contar los juegos de su infancia? Nunca tomaba parte en las bulliciosas diversiones de sus compañeros; placíale sepultarse en el fondo de los bosques ó andar errante por la solitaria cima de los montes. Muchas veces las incultas márgenes de un desconocido arroyuelo le conducian á ignorados bosquecillos. Unas veces descendia al fondo de los precipicios en cuyos altos bordes se mecen los pinos seculares, y otras trepaba á las crestas mas elevadas, donde el torrente quebrándose de roca en roca, las aguas, los bosques y los vientos forman un inmenso concierto que aumentado por el eco va á perderse en las nubes.»

»Cuando la luz principiaba á blanquear el horizonte, Edwin sentado en la cumbre de la colina contemplaba á lo lejos las nubes de púrpura, el Océano de azul, las pardas montañas, el lago que brilla debilmente entre los carrascales vaporosos y el largo valle que se extiende hácia el Occidente, donde el dia está batallando aun con las sombras. Algunas veces entre las brumas de otoño se le veia subir á la mas elevada altura de las montañas.»

»¡ Oh placer espantoso ! De pié en el pico mas escarpado de la roca, cual marinero salvado del naufragio en alguna desierta costa, se complacia en ver cómo se iban agrupando las nieblas figurando á manera de enormes olas, ó como se extendian por el horizonte formando un golfo, ó se contorneaban alrededor de las colinas. Desde el fondo del abismo, que

tenia bajo los piés llegaban hasta su oido al través de las nieblas los cantos de la pastora y el balido de las ovejas.»

. . . . . .

»El novelesco niño sale del asilo en que se ha guarecido del cálido turbion del medio dia. Ya ha pasado la lluvia de la tempestad; ahora el ambiente está fresco y perfumado. Allá en el oscuro horizonte, desplegando un arco inmenso brilla el iris mientras el sol cae en el ocaso. El insensato niño cree poder tocar con las manos aquel glorioso meteoro. ¡Qué inútil será esa carrera que con tan ardoroso afan has principiado á dar! La brillante aparicion se irá alejando cuanto mas te acerques á ella. ¡Ah! si pudieras saber que lo mismo sucede con la juventud cuando con obstinado afan persigue las dulzuras de la vida!»

»Cuando la campana del anochecer entrega sus gemidos á la solitaria brisa, el jóven Edwin camina lentamente y con vigilante oido se sepulta en el fondo de los valles. En su derredor cree ver fúnebres comitivas, escuálidas sombras y mudas fantasmas arrastrando cadenas ó envueltas en flotantes velos; mas no tardan todos esos rumores de muerte en confundirse con el lúgubre silbido del buho, ó con los murmullos del viento de la noche que de cuando en cuando agita con violencia las antiguas torres de una iglesia abandonada.»

»Si la luna rojiza se inclinaba á su ocaso sobre el mar melancólico y sombrío, Edwin iba á buscar los bordes de aquellas riberas desconocidas donde entre los matorrales se reunian los hechiceros de los tiempos pasados. Allí le sosprendió mas de una vez el sueño y le trajo sus visiones.»

»El sueño se ha desvanecido.... Edwin al despertarse á la aurora dirige sus ojos encantados hácia las escenas de la mañana; cada céfiro le trae mil deliciosos sonidos; se oye el balido y el resonar de las campanillas del rebaño, el susurro de la abeja, el canto de los pastores que resuena en los ecos y todo se confunde en el rumor del Océano que á lo lejos azota la playa.»

»El perro de la cabaña ladra al ver pasar el peregrino de la mañana; la lechera con su cántaro á la cabeza canta al bajar de la colina; el labrador atraviesa los barbechos silbando; el eje del pesado carro rechina al subir por el sendero de la montaña; la liebre espantada sale de entre las espigas temblorosas; la perdiz se levanta sobre sus ruidosas alas; el palomo arrulla en su árbol solitario, y la calandria gorgea en lo alto de los aires. . . . . .

. . . . . .»

»Cuando la juventud de la aldea danza al son del caramillo, Edwin sentado aparte se complace en entregarse á los ensueños que le produce la música. ¡Ah cuán vanas le parecen entonces todas las tumultuosas diversiones! Celestial melancolía ¿qué son si se comparan contigo los vanos placeres del vulgo?. .

. . . . . .

»El canto fue el primer amor de Edwin; frecuentemente el arpa de la montaña suspiró bajo su emprendedora mano y la melancólica flauta gimió entre sus labios. Su musa demasiado jóven aun no conocia el arte del poeta, fruto del trabajo y del tiempo. Edwin alcanzó, sin embargo, esa perfeccion tan rara, asi como mis versos lo dirán algun dia.»

Larga es la cita; pero tambien es importante para la historia de la poesía: Beattie recorrió toda la serie de ensueños de que otros poetas han creido ser los descubridores (*discoverers*) Beattie se proponia continuar su poema y escribió en efecto el segundo canto. Edwin oyó en cierta ocasion una voz grave que se elevaba del fondo de un valle: era la de un solitario que despues de haber conocido las ilusiones del mundo se habia sepultado en aquel retiro para recoger su espíritu y cantar las maravillas del Creador. Ese ermitaño instruyó al jóven *minstrel* y le reveló el secreto de su ingenio. La idea era feliz; pero la ejecucion no tuvo la dicha de corresponder á ella. Las últimas estrofas del nuevo canto estan consagradas al recuerdo de un amigo. Beattie estaba destinado á derramar lágrimas: la muerte de su hijo quebrantó su corazon paternal: asi, como Ossian despues de la pérdida de su Oscar, suspendió su arpa de las ramas de una encina. Tal vez el hijo de Beattie seria aquel jóven *minstrel* que el padre habia cantado y cuyos pasos no veia ya en la cima del monte.

LORD BYRON.—EL OLMO DE HARROW.

En los primeros versos de lord Byron se encuentran evidentes imitaciones del *minstrel*. En la época de mi emigracion, lord Byron estaba en la escuela de Harrow en una aldea á diez millas de Londres. Era aun niño, y yo tambien era jóven y desconocido como él; pero debia precederle en la carrera de las letras y terminarla despues de él. Lord Byron se crió en las malezas de Escocia á la orilla del mar como yo en los arenales de Bretaña, tambien en la playa del mar; era apasionado de la Biblia y de Ossian, como yo, y cantó en *Newstead-Abbey* los recuerdos de la infancia, como yo los canté en el palacio de Comburgo.

When I roved, á youg highlander, o' er the dark heath,
And climb'd thy stoop summit, oh! Morven of snow, etc.

«(Cuando yo, jóven montañés, exploraba tus ma»torrales, y trepaba á tu encorvada cima, oh Morven, »coronado de nieves, para enajenarme con el torren»te que tronaba debajo de mí, ó con los vapores de »la tempestad que se iban amontonando bajo mis »piés.» . . . . . .

. . . . . «Me levantaba á la aurora. Mi perro me »servia de guía, y con él iba trepando de risco en ris»co. Hendia con mi pecho la invasora marea de la »Dee, y oia á lo lejos la cancion del *highlander*. Por »la noche durante mi reposo sobre mi lecho de bre»zos, ningun sueño se presentaba á mi imaginacion, »sino el de María.» . . . . . .

. . . . . .

«He dejado mi cama de serpiente; mis visiones han »pasado; mis montañas se han desvanecido; mi ju»ventud no existe ya. Como último de mi raza debo »marchitarme solo y no encontrar delicias sino en »los dias de que en otro tiempo fuí testigo. ¡Ah! ya »llegó la hora de la celebridad, pero su placer me »cuesta muy amargo. ¡Mas queridas fueron las esce»nas que conoció mi juventud!» . . . . . .

. . . . . «Adios pues colinas en que se alimentó »mi infancia, y tu dulce corriente del Dee, adios tus »raudales. Ningun techo en el bosque abrigará mi ca»beza. ¡Ah! María, ningun techo consideraré como »mio, no siendo contigo.»

En mis largas y solitarias expediciones alrededor de Londres, atravesé varias veces la aldea de Harrow sin tener noticia del ingenio que allí habitaba. Me he sentado en el cementerio al pié del mismo álamo bajo el cual lord Byron escribió en 1807 estos versos cuando yo regresaba de Palestina.

«Spot of my youth! whore hvary branches sigh,
»Swept by the breeze that fans thy cloudless sky, etc.»

(«¡Sitio de mi juventud! donde suspiran las anti»guas ramas ligeramente movidas por la brisa que »refresca tu cielo sin nubes! Sitio por donde actual»mente vago solo, yo que tan á menudo pisaba en »compañía de personas queridas tu cesped verde y »delicado, en compañía de los que dispersados á lar»gas distancias echaran tal vez como yo de menos las »deliciosas escenas que disfrutaron aquí en otro tiem»po! ¡Oh! al volver otra vez á dar la vuelta á la re»donda colina, mis ojos te admiran, mi corazon te »adora, ¡oh tú, olmo encorvado á cuya sombra me

»recostaba entregando á los sueños las horas del cre»púsculo! Bajo tus ramas solicito como en otro tiem»po el reposo de mis fatigados miembros, pero ¡ah! »no me sonrien los pensamientos que entonces me »halagaban.» . . . . . .

«¡Cuándo el destino helará este seno devorado por »la fiebre, cuándo se habran calmado mis inquietudes »y mis pasiones..... aquí, donde mi corazon palpitó, »podrá tambien descansar. Pueda dormirme aquí »donde se despertaron mis esperanzas..... confundido »con la tierra por donde corrieron mis pasos..... llo»rado de aquellos que formaron la sociedad de mis »primeros años, y olvidado del resto del mundo!»

Yo á mi vez diré: ¡salud, olmo de los sueños á cuyo pié Byron siendo niño se abandonó á los caprichos de la edad, cuando yo soñaba en *René* bajo tu sombra, bajo esa misma sombra en que posteriormente el poeta vino tambien á soñar en *Childe-Harold!* Byron pedia al cementerio, testigo de las primeras ilusiones de su vida una tumba ignorada: la gloria no tuvo por conveniente oir esa súplica.

LAS DOS NUEVAS ESCUELAS LITERARIAS.—ALGUNAS ANALOGIAS DE LA SUERTE.

Tal vez habrá algun interés en dejar consignada para el porvenir (si es que yo puedo esperarlo), la semejanza de los dos gefes de la nueva escuela francesa é inglesa, casi enteramente parecidos en cuanto al fondo de las ideas, y muy semejantes en lo relativo á la suerte, ya que no en las costumbres. El uno fue par de Inglaterra; el otro de Francia: ambos viajaron por el Oriente, y estuvieron no pocas veces cerca el uno del otro, sin verse nunca: la única diferencia consiste en no haber estado la vida del poeta inglés mezclada en tan grandes acontecimientos como la mia.

Lord Byron visitó las ruinas de Grecia despues de haber estado yo en ellas; en *Childe Harold* parece embellecer con sus propios colores las descripciones del *Itinerario*. Al principiar mi peregrinacion reproduge la despedida de *sir* Joinville á su castillo; Byron se despide igualmente de su gótica morada.

En los *Mártires*, Eudoro parte de la Mescenia para ir á Roma.

«Nuestra navegacion, dice, fue larga..... Vimos »todos aquellos promontorios señalados por templos, »ó por tumbas..... Atravesamos el golfo de Megara. A »nuestro frente estaba Ægina, á la derecha el Pireo, »á la izquierda, Corinto. Esas ciudades tan florecien»tes en otro tiempo, no presentaban ya mas que »montones de ruinas. Hasta los mismos marineros »parecieron enternecerse con aquel espectáculo. La »multitud que se habia agrupado en el puente del »buque guardaba silencio, cada cual tenia sus mira»das fijas en aquellas ruinas, y tal vez deducia secre»tamente consuelo para sus desgracias, pensando »cuán poca cosa son nuestros dolores, comparados »con las calamidades que pesan sobre pueblos enteros »y de cuyas consecuencias se presentaban entonces »testimonios á nuestra vista en las ruinas de aquellas »ciudades.

. . . . »Mis compañeros no habian oido hablar mas »que de las metamorfosis de Júpiter; nada comprendie»ron del espectáculo que se presentaba á su vista; yo »me habia sentado ya con el profeta en las ruinas de »las ciudades desoladas, y en Babilonia habia visto á »Corinto.»

Léase despues de reproducidas esas citas el cuarto canto de *Childe Harold* de lord Byron.:

. . . . . «As my bark did skim
»The bright blue waters with a fanning wind,
»Came Megara before me, and behind
»Ægina lay, Piræus on the right,
»And Corinth on the left; y lay reclined
»A long the prow, and saw all there unite
»In ruin. . . . . .

. . . . . .

»The roman saw these tombs in his owen age,
»These sepulcres of cities, which excite
»Sad wonder, and this yet-suwiving page
»The moral lesson bears, drawm from such pilgrimage,»

. . . . . (Cuando mi barco iba ligeramente hendiendo el brillante azul de las ondas bajo una fresca brisa, Megara se presentó á mi vista; Ægina quedaba atrás, el Pireo á mi derecha y Corinto á mi izquierda. Yo estaba apoyado en la popa, y ví ese conjunto de ruinas. . . . . .

. . . . El romano vió esas tumbas en su propio tiempo, esos sepulcros de ciudades que excitan triste admiracion y esta página que les sobrevivió produce la leccion moral que puede sacarse de aquella peregrinacion).

El poeta inglés es en este pasaje tan inferior como el prosista francés á la carta que Sulpicio escribió á Ciceron; pero una semejanza tan completa me es sumamente honrosa, pues como ya he dicho, yo estuve antes que el inmortal cantor inglés en aquellas playas donde hemos tenido los mismos recuerdos, y hemos hecho mencion de las mismas ruinas.

Tambien me cabe el honor de tener analogías con lord Byron en la descripcion de Roma: los *Mártires* y mi *Carta sobre la campiña romana*, tienen para mí la inapreciable ventaja de haber adivinado las inspiraciones de aquel brillante ingenio. Nuestro inmortal cancionero, Mr. de Beranger, puso en el último tomo de sus canciones una nota á la que estoy demasiado agradecido para no dejarla de transcribir por completo; Mr. de Beranger recordando el movimiento, que segun él dice, he dado á la poesía francesa, se atrevió á decir: «La influencia del autor del *Genio del* »*Cristianismo*, se ha extendido igualmente al extran»jero, y seria un acto de injusticia no reconocer que »el cantor de *Childe-Harold* es tambien de la familia »de René.»

Si es en efecto cierto que René entra por algo en el fondo del personaje único puesto en escena con los diversos nombres de Conrado, Manfredo, Lara y el Giavur en *Childe-Harold*; si por casualidad lord Byron me dió vida antes de bajar á la tumba, por qué razon tuvo la debilidad de no nombrarme nunca? ¿Era yo uno de esos padres de quienes se reniega al estar en el poder? ¿Puedo haber sido tan enteramente desconocido de lord Byron, que ha citado casi todos los autores franceses contemporáneos? ¿No habria nunca oido hablar de mí, cuando los periódicos ingleses y franceses le habran enterado veinte veces de la controversia suscitada sobre mis escritos, por haber hecho el *Neuw Times* un paralelo entre el autor del Genio del Cristianismo y el del *Childe-Harold?*

No hay naturaleza por predilecta que sea, que no tenga sus susceptibilidades y sus desconfianzas: todos quieren retener el cetro y no compartirlo; todos se ofenden de las comparaciones. Asi es que otro talento superior ha evitado tambien pronunciar mi nombre en una obra sobre la *literatura*. Afortunadamente como yo me aprecio en mi justo valor, nunca he aspirado al imperio, y como no creo sino en la verdad religiosa, de la cual la libertad es una forma, no tengo mas confianza en mí mismo que en todo lo demás que existe en este bajo mundo; mas tambien debo decir que nunca me he impuesto silencio, cuando he sentido admiracion, y que por eso he proclamado mi entusiasmo por Mad. Staël y por lord Byron.

Por lo demás, un documento, si yo lo tuviera, podria cortar la cuestion. Cuando se publicó la *Atala*, recibí una carta de Cambridge firmada por *G. Gordon, lord Byron*. Cuando este tenia quince años, era un astro que aun no se habia elevado, abrumábanme millares de cartas llenas de críticas ó de felicitaciones;

veinte secretarios no habrian bastado para seguir aquella enorme correspondencia. Veíame por lo tanto en la necesidad de condenar al fuego las tres cuartas partes de aquellas cartas, escogiendo solamente para dar gracias ó defenderme, las firmas que me parecian mas obligatorias. Creo conservar un recuerdo de haber contestado á lord Byron; mas tambien podria ser que la carta del estudiante de Cambridge hubiera sufrido la suerte comun de las que no obtenian contestacion. En tal caso mi impolítica forzada se habria cambiado en ofensa para aquel espíritu irascible, castigando mi silencio con el suyo. ¡Cuánto he echado posteriormente de menos las gloriosas líneas de la primera juventud de aquel gran poeta!

Lo que acabo de decir por lo concerniente á las afinidades de imaginacion y de suerte, entre el cronista de René y el cantor de *Childe-Harold*, no quita una sola hoja de la corona del bardo inmortal. ¿Qué puede hacer á la musa del *Dee*, armada de alas y de lira, mi musa pedestre y sin laud? Lord Byron vivirá, sea que cediendo al impulso del siglo, como yo, haya expresado tambien como yo (y como Goëthe antes que nosotros), la pasion y la desgracia, sea que el diario de mi navegacion ó el fanal de mi barca gala hayan demostrado el rumbo en desconocidos mares al navío de Albion.

No se pierda tampoco de vista que dos imaginaciones de igual naturaleza pueden tener iguales ideas, sin que á ninguna de ellas deba echársele en cara el haber marchado servilmente por los mismos caminos. Tambien es lícito á un autor aprovecharse de las ideas é imágenes expresadas en un idioma extranjero para enriquecer el suyo propio; asi se ha hecho en todos los tiempos. ¿Por ventura no he tenido yo mismo predecesores? Por de pronto confieso que en mi primera juventud, *Ossian*, *Werther* los *Ensueños de un paseante solitario* y los *Estudios de la naturaleza*, han podido traslucirse en mis ideas; pero nada he ocultado, nada he disimulado del placer que me causaban aquellas obras que tanto me deleitaban. ¿Qué cosa puede haber mas dulce que la admiracion? Es como el amor en el cielo, es la ternura elevada á culto. Siéntese uno penetrado de gratitud hácia la divinidad que ensancha las bases de nuestra inteligencia, que presentan nuevas perspectivas al espíritu, y que nos facilita un contento tan grande, tan puro, tan exento de temor y tan libre de envidia.

ESCUELA DE LORD BYRON.

Lord Byron ha dejado en pos de sí una deplorable escuela. Creo que estaria tan desolado al ver la posteridad de *Childe-Harold*, como yo al ver la numerosa prole de René pululando en mi alrededor. Los afectos generales que componen el fondo de la humanidad, la ternura paterna, la piedad filial, la amistad y el amor, son inagotables; eternamente sugeriran inspiraciones al talento capaz de desarrollarlas; pero los modos *particulares* de sentir, las *individualidades* de espíritu y de carácter, no pueden extenderse y multiplicarse en grandes y numerosos cuadros. Los pequeños rincones no descubiertos del corazon del hombre, son un campo reducido; en ese campo nada hay que recoger despues de la mano que ha sido la primera en segarlo. Una *enfermedad* del alma no es un estado permanente y natural: no es posible reproducirla ni establecer sobre ella una *literatura*, ni sacar partido de ella como de una pasion incesantemente modificada á voluntad de los diversos artistas que la manejan y alteran su forma.

La vida de lord Byron es objeto de muchas investigaciones y calumnias. Los jóvenes han tomado por lo sério palabras mágicas; las mujeres se han sentido dispuestas á dejarse seducir (con espanto), por aquel *Monstruo*, y á consolar á aquel Satanás solitario y desgraciado. ¿Quién sabe? Tal vez no encontró la mujer que buscaba, una mujer bastante hermosa y de corazon tan vasto como el suyo. Byron, segun la opinion fantasmagórica, es la antigua serpiente seductora y corruptora, porque vió al desnudo la incurable corrupcion de la especie humana; es un genio fatal y paciente puesto entre los misterios de la materia y la inteligencia; que no ve solucion en el enigma del universo; que contempla la vida como una espantosa ironía sin causa, como una perversa sonrisa del mal; es el primogénito de la desesperacion que desprecia y reniega; que sustentando en sí mismo una incurable llaga, se venga conduciendo al dolor por medio de la voluptuosidad; es un hombre que nunca ha pasado por la edad de la inocencia; que nunca ha llegado ha ser reprobado ni maldito de Dios; un hombre que salió con su reprobacion del mismo seno de la naturaleza; es por decirlo asi, el precito del caos, de la nada.

Tal es Byron en concepto de algunas acaloradas imaginaciones. Todo personaje que debe vivir no pasa á las generaciones futuras tal cual era en realidad; á poca distancia de él principia su epopeya, idealizan el personaje; lo transfiguran; le atribuyen un poder, vicios y virtudes que nunca tuvo; combinan los azares de su vida, los violentan y los coordinan á un sistema. Los biógrafos repiten esas mentiras; los pintores fijan en el lienzo esas invenciones, y la posteridad adopta el fantasma. ¡Bien loco es quien cree la historia! La historia es un puro engaño; subsiste en la forma que algun gran escritor la compone y adorna. Aun cuando se encontraran memorias que demostrasen hasta la evidencia que Tácito contó imposturas al referir las virtudes de Agrícola y los vicios de Tiberio, Agrícola y Tiberio seguirian siendo tales como Tácito los retrató.

En lord Byron se encuentran dos hombres distintos; el hombre de la *naturaleza* y el hombre de *sistema*. El poeta, al ver el papel que el público le designaba, lo aceptó y se puso á maldecir al mundo, que por de pronto habia considerado como un ensueño: esta marcha se deduce ostensiblemente del órden cronológico de sus obras. Por lo tocante al carácter de su *ingenio*, lejos de tener la extension que se le atribuye, es por el contrario bastante limitado. Su pensamiento poético y apasionado no es mas que un gemido, una queja, una imprecacion; en concepto de tal es admirable: no hay que pedir á su lira pensamientos, sino cantos.

Lord Byron tiene mucha *imaginacion* é imaginacion muy variada; pero de una naturaleza que agita y produce una funesta influencia. se conoce que ha leido bien á Voltaire, y le imita con frecuencia. Siguiendo paso á paso al poeta inglés, se ve que da en el blanco, que rara vez lo pierde de vista, que está siempre en actitud y que se coloca siempre en conveniente posicion; pero la afectacion de extravagancia, de irregularidad, y de originalidad, pertenece en general al carácter inglés. Si lord Byron por otra parte, ha expiado su ingenio por algunas debilidades, el porvenir hará muy poco caso de semejantes miserias, ó mas bien dicho, las ignorará; el poeta ocultará siempre al hombre, y interpondrá el talento entre el hombre y las razas futuras; al través de ese velo divino la posteridad solo verá al Dios.

Lord Byron constituyó una época, y dejó en pos de sí huellas profundas é inextinguibles: el incidente que le puso cojo y aumentó su acrimonia no debió afligirle, puesto que no le impidió ser amado.

Desgraciadamente el poeta no siempre elevaba bastante sus resoluciones, ó admitia las que eran procedentes de un orígen demasiado bajo.

Lamentemos á Rousseau y á Byron por haber ofrecido incienso en altares poco dignos de sus sacrificios; tal vez queriendo economizar un tiempo, cuyos minutos pertenecian todos al mundo, no buscaron mas que el placer, dejando á su númen el cuidado de transformarlo en pasion y en gloria. A sus liras dejaban el cuidado de expresar la melancolía, los zelos y los dolores del amor; en tanto que ellos se adormecian ligeramente en sus voluptuosidades: buscaban ensueños, desgracias, lágrimas y desesperacion en la soledad, los vientos, las tinieblas, las tempestades, los bosques y los mares, de todo lo cual componian para sus lectores los tormentos de *Childe-Harold* y de *Saint Preux*, en el seno de la *Padoana* y *del Can de la Madona*.

De todas maneras, en el momento de su embriaguez, era completa la ilusion del amor, sabiendo que no era sino el espíritu de infidelidad lo que tenian entre sus brazos, y que iba á disipárseles con la aurora. Por lo menos no los engañaba con un falso ademan de constancia, ni se condenaba á seguirlos cansada de su ternura y de la suya. En suma Juan Jacobo y lord Byron, fueron hombres desgraciados; tal era la condicion de su talento: el primero de ellos se envenenó y el segundo abrumado de excesos y comprendiendo la necesidad de ser apreciado, regresó á las playas de aquella Grecia donde su musa y la muerte le sirvieron simultáneamente tan bien.

LORD BYRON EN EL LIDO.

Precedí á lord Byron en la vida, y él me precedió en la muerte; fue llamado antes de su turno; mi número era el anterior al suyo, y sin embargo este salió el primero. Byron habria debido permanecer en la tierra; el mundo me podia perder sin advertir mi desaparicion, ni echar de menos mi existencia.

Todo lo que he visto pasar, ó todo lo que ha pasado en mi alrededor desde que existo, no puede decirse. ¡Qué de tumbas no se han abierto y cerrado en mi presencia! Cien veces á la luz del sol, ó bajo la lluvia al borde de una fosa, á cuyo seno bajaban un féretro, he oido el estertor de las cuerdas con que lo bajaban y el ruido de cada palada de tierra que caia sobre él: la tierra que iba colmando el hoyo, iba haciendo subir poco á poco el eterno silencio á la superficie del fúnebre monumento.

Aun no hace dos años que cierto dia, al despuntar la aurora, andaba yo errante por el Lido, tan frecuentado en otros tiempos por lord Byron. La aurora salió del mar, nada mas que bosquejada por decirlo asi, y sin sonrisas; la transformacion de tinieblas en luz, con sus maravillosos cambiantes y sus estrellas simultáneamente apagadas en oro y en rosas de la mañana, no llegó á verificarse. Cuatro ó cinco barcos se iban acercando á la costa y un gran buque desaparecia en el horizonte. Una bandada de gaviotas, al posarse, matizaban la húmeda playa, y otras volaban pesadamente á lo largo de las olas. El reflujo habia dejado el diseño de sus arcos concéntricos en la arena, y la playa, coronada de yerbas marítimas y arrugada por cada ola, parecia una frente en la que el tiempo ha estampado sus pasos. La ola al desarrollarse, dejaba blancos festones en la abandonada orilla.

Las olas han sido por todas partes mis fieles compañeras: ellas me rodearon al nacer como un corro de vírgenes asidas de la mano; no pude menos de saludar en aquella ocasion á las amables mecedoras de mi cuna, y por lo tanto me paseaba por la línea de separacion escuchando su doliente rumor, tan grato y familiar á mi oido. De cuando en cuando me detenia á contemplar la inmensidad del piélago: el palo de una nave, una nube, cualquiera cosa bastaba para excitar mis recuerdos.

En otro tiempo habia pasado yo tambien por aquella mar: en frente del Lido me habia recibido una tempestad; en medio de ella yo recordaba que habia pasado otras muchas, pero que en la época de mi travesía del Océano era aun jóven, y que los peligros no eran entonces para mí mas que placeres. ¿Me consideraba ya como viejo cuando vogaba desde Trieste hácia la Grecia y la Siria? ¿Qué multitud de tiempo, es pues, la que ahora pesa sobre mí?

Lord Byron cabalgaba á lo largo de aquella ribera solitaria. ¿Cuáles serian sus pensamientos y sus cantos, sus abatimientos y sus esperanzas? ¿Elevaba su voz para confiar á la tormenta las inspiraciones de su númen? ¿Era entre el murmullo de aquellas olas donde encontró estos melancólicos acentos?

. . . . . .

«If my fame shoud be, as my fortunes are,
»Of hasty growth and blight, and dull oblivion bar
»My name from on the temple where the dead
»Are honoured by the nations.—Let it be.»

. . . . . .

(Si mi celebridad debe ser como mis fortunas prematuras y nebulosas; si el oscuro olvido debe borrar mi nombre del templo donde los muertos son honrados por los pueblos: — Sea).

Byron comprendia que sus *fortunas* eran de un *crecimiento nebuloso*, é intempestivo: en sus momentos de duda acerca de la gloria, puesto que no creia en otra inmortalidad, no le quedaba ya otro placer que el anonadarse. Sus disgustos hubieran sido menos amargos, y su peregrinacion en el mundo menos estéril, si hubiera cambiado de camino: al fin de aquellas pasiones gastadas, algun generoso esfuerzo le habria hecho llegar á otra existencia. La incredulidad nace porque no se pasa de la superficie de la materia: profundizad la tierra y encontrareis el cielo.

Habia yo regresado de las selvas americanas, cuando cerca de Londres, bajo el olmo donde *Childe-Harold* reposó cuando niño, volví á sentir las angustias de René y la oleada de su tristeza. Habia visto las huellas de los primeros pasos de Byron en los senderos de la colina de Harrow ¿encontraria las señales de sus últimas pisadas en una de las estaciones de su peregrinacion? No, en vano busqué yo esas señales. La arena removida por el huracan, ha cubierto la pista del caballo que ha quedado sin dueño. «Pescador »de Malamoco ¿has oido tú hablar de lord Byron?— »Por aquí solia pasar cabalgando.—¿Sabes á dónde »ha ido?»

Era un dia de tempestad: viéndome cercano á la muerte entre Malta y las Sirtes, metí en una botella vacía el siguiente billete: *F. A. de Chateaubriand, naufragó cerca de la isla de Lampedusa en 26 de diciembre del 1806, al volver de la Tierra Santa.* Un vaso frágil, algunas letras traqueteadas sobre un abismo sin fondo, eran todo lo que convenia á mi fortuna y á mi memoria. Las corrientes habrian tal vez impelido mi errante epitafio al Lido, al mismo límite en que Byron habia fijado su sepultura, asi como el oleaje de los años ha arrojado hácia ese borde mi vida errante.

Venecia, cuando os ví por primera vez, os hallábais bajo el imperio del grande hombre que era opresor vuestro y mio: una isla esperaba su tumba: isla sois vos tambien. Ahora dormis el uno y el otro inmortales en vuestra Santa Elena. ¡Oh Venecia! nuestros destinos han sido semejantes; mis ensueños se han desvanecido á proporcion que vuestros palacios se han derrocado; las horas de mi primavera se han ennegrecido como los arabescos que adornan la cúspide de vuestros monumentos. Mas vosotros pereceis sin ver los efectos de vuestra ruina; yo soy miserable testigo de la mia. Vuestro voluptuoso cielo y la belleza de las olas que os laban, me han encontrado tan sensible á vuestros encantos, en estos últimos dias, como siempre. En vano me toca con su mano de hielo la vejez; la energía de mi naturaleza está concentrada en lo íntimo de mi corazon: los años no han